

*Conversación 54*  
**LA RESURRECCION DE LA MATERIA**

Biarritz, 3 de agosto.

Me hallé casualmente en la playa con mi viejo amigo Dodsworth, de Minneapolis, quien estaba en compañía de un joven de tez oscura y de ojos vivaces, que me pareció era un mestizo con algo de sangre india. El amigo Dodsworth me lo presentó: se llama Curro, Alcionillo Curro, y parece ser brasileño.

- El señor Curro - siguió diciendo Dodsworth, es el sabio más fantástico que he conocido en mi vida, y precisamente ahora me estaba hablando de su teoría sobre la resurrección de la materia. Estoy seguro de que tendrá la amabilidad de exponerla también ante ti.

El joven Curro no se hizo rogar; se veía claramente que tenía alma de apóstol. Nos sentamos en un bar, y una vez frente a tres vasos de whisky la conversación comenzó así:

-¿Conoce usted - preguntó Curro, la teoría de Preyer?

Tuve que confesar mi ignorancia, aquella era la primera vez que oía ese nombre. El apóstol científico continuó hablando

- Preyer fue un sabio del ochocientos, a quien su época no fue capaz de comprender, cosa que sucede frecuentemente. Usted sabe que, a pesar de los esfuerzos de los mecanicistas, la ciencia no logró explicar jamás cómo es que la vida puede surgir de la materia inerte, de la materia inorgánica. Preyer tuvo una idea digna de su genio: pensó que si es inconcebible el paso de la materia a la vida, puesto que ésta presenta caracteres completamente nuevos y no reducibles a fenómenos físicos, es concebible en cambio, y más aún, es natural, la realización del paso opuesto: de la materia viviente a la materia muerta. Por disociación o decadencia se puede pasar del conjunto a lo simple, mientras que nuestra mente no logra comprender la aparición repentina de la novedad y de la complejidad en los cuerpos elementales y casi homogéneos. Cada día asistimos en la naturaleza a la transformación de seres vivientes en materia muerta, mientras que por todos los biólogos es reconocida como imposible la generación espontánea, o sea: el nacimiento de un viviente que no provenga de un germen o de una madre viviente.

»Preyer sostuvo entonces una hipótesis que parece ser más audaz, pero que según mi juicio está muy fundada. Según él, en un principio todo el universo estuvo vivo, estuvo constituido enteramente por lo que se llama vida. En el principio era el Verbo y el Verbo se encarnó en la Vida. Este concepto concuerda mejor que ningún otro con la dignidad del Creador. ¿Cómo podía Dios, que es puro espíritu, dar origen a un mundo formado de materia inerte, o sea a una sustancia tan inferior a la suya? No; creó la vida, solamente la vida, esa vida que, incluso en sus formas más humildes, está asociada a las manifestaciones espirituales.

»Pero la vida, como para pagar su divina superioridad, está sujeta a la muerte. Y aquí se halla, finalmente, la revelación del misterio que fatiga desde hace siglos a los hombres. La materia no es más que el inmenso cadáver de la vida originaria. No sucede que surja la vida de la materia, como sin prueba válida alguna lo pretenden los materialistas, sino que de la vida que poco a poco se apaga, toma su origen lo que hoy se denomina materia. Los seres vivientes no serían otra cosa que los últimos restos supérstites de aquella vida total y triunfal que llenaba el universo. Hoy, en cambio, el universo se ha convertido en un interminable cementerio donde las criaturas vivas, restos extremos de la creación viviente, parecen ser huéspedes errantes y amenazados, raros y casi a desaparecer en medio de un mundo que poco a poco se ha vuelto inerte e inorgánico por parálisis y caquexia en el decurso de los milenios.

»Los célebres experimentos de Bose han venido a confirmar la intuición de Preyer: incluso en los metales, hasta en las piedras, hay trazas aun cuando sean mínimas y apenas perceptibles, de algunos caracteres de la vida, por ejemplo, de la sensibilidad y de la enfermedad.

»Si estas concepciones son verdaderas, y yo las juzgo científicamente demostrables, corresponde al hombre, al superviviente más consciente de la vida universal, una labor y misión gigantesca: la resurrección de la materia. Si ésta fue en su origen enteramente viviente, debemos restituirla a su estado primitivo, a su dignidad superior. Las piedras que hollamos, las inmóviles montañas que contemplamos maravillados, las rocas y las aguas, todos esos elementos fueron en un principio criaturas semejantes a nosotros, capaces de sentir, de amar, de pensar, de engendrar. En una palabra, son seres hermanos nuestros, que están adormecidos en el inmóvil congelamiento de la muerte. Es deber nuestro resucitarlos, elevarlos nuevamente a la vida, y solamente entonces será posible la sublimación suprema: el retorno de toda la vida al espíritu puro, la ascensión del universo a Dios.

»El Espíritu por excelencia, o sea Dios, creó la vida; la vida decaída y extinguida se ha cambiado, en su mayor parte, en materia; ahora debemos hacer el camino contrario: devolver la vida a la materia, a toda la materia; luego transformar la vida, toda la vida, en espíritu, y de este modo reunir al universo con su Creador».

Dicho esto, Curro calló y bebió su whisky. Por su rostro oscuro, de mulato, corrían gotas de sudor; sus negrísimas pupilas se habían dilatado hasta ocupar casi todo el ojo; jadeaba ligeramente, pero sus labios tenían un firme rictus de sonrisa feliz.

Le pregunté tímidamente si había pensado en los medios para lograr esa milagrosa resurrección de la materia. Se secó lentamente el sudor y luego de unos breves momentos de silencio respondió así

- Entreveo ya el método que nos llevará certeramente a la resurrección. Se me ocurren instalaciones colosales que requerirán gastos cuantiosísimos. Soy pobre y no me escuchan; los más benignos me juzgan un loco; los más malignos un engañador. Me he dirigido a los sabios y a los gobiernos de muchas naciones, pero ninguno quiere proporcionarme ni un centavo. Usted es rico, y creo que fabulosamente rico. Ayúdeme. Se trata de una obra gigantesca e ilimitada, pero que cambiará la faz del mundo y la suerte del género humano.

- Lo pensaré - le respondí. Pero ahora debo dejarle porque ya estoy atrasado y alguien me espera en el hotel.

Me levanté, saludé al amigo Dodsworth y al joven Curro y salí del bar con tanto apuro que me olvidé de pagar mi whisky.